

Cuestiones de táctica internacional

León Trotsky
24 de agosto de 1917

(Versión al castellano desde “Questions de tactique internationale”, en *L'année 1917*, François Maspero, París, 1976, páginas 99-106; también para las notas. Publicado en *Proletarii*, número 10, 24/08/1917)

Los agrupamientos políticos de clase han aparecido en la revolución rusa con una claridad sin precedentes, pero la confusión que reina en el dominio de nuestra ideología tampoco tiene precedentes. El retraso del desarrollo histórico de Rusia le ha permitido a la intelligentsia pequeñoburguesa adornarse con plumas de pavo real de la más deliciosa teoría socialista. Pero ese bello plumaje no tiene otra función más que la cubrir su marchita desnudez. Que los socialistas-revolucionarios y los mencheviques no hayan asumido el poder ni a principios de marzo, ni el 16 de mayo, ni el 16 de julio¹, no tiene nada que ver con el carácter “burgués” de nuestra revolución, ni con la imposibilidad de llevar a cabo esa acción sin la burguesía. Se debe al hecho que los “socialistas” pequeñoburgueses, completamente enredados en las mallas del imperialismo, todavía no son capaces de hacer ni la décima parte del trabajo que hicieron los jacobinos hace ahora ciento veinticinco años. Parlotean sobre la defensa de la revolución y del país pero eso no les impedirá entregar sus posiciones, una tras otra, a la reacción burguesa. Por ello la lucha por el poder deviene el primer y principal problema de la clase obrera y veremos a la revolución desvestirse simultánea e integralmente de su vestimenta “nacional” y burguesa.

O bien sufriremos un formidable salto atrás, en dirección a un régimen imperialista fuerte que acabará muy probablemente en monarquía. Los soviets, los comités de campesinos, las organizaciones de soldados y otras muchas cosas más serán destrozados y se desechará a los Kerensky y Tseretelli. *O bien* el proletariado, arrastrando tras de sí a las masas semiproletarias y abandonando a sus líderes anteriores (en este caso también Kerensky y Tseretelli serán desechados), establecerá el régimen de la democracia obrera. Los éxitos ulteriores del proletariado dependerán entonces, ante todo, de la revolución alemana.

Para nosotros el internacionalismo no es una noción abstracta que sólo existe para traicionarla a cada instante (eso está bien para Tseretelli y Chernov); es un principio directamente dominante y profundamente práctico. Según nuestro punto de vista, sin una revolución europea son difíciles los éxitos durables y decisivos. No podemos, por tanto, lograr éxitos parciales al precio de procedimientos y combinaciones susceptibles de crear obstáculos en el camino del proletariado europeo. Aunque solo sea por este motivo, vemos la condición *sine qua non* de todo nuestro trabajo político en una oposición sin compromisos con los socialpatriotas.

¹ La revolución comenzó el 8 de marzo en Petrogrado. El día 11, el soviets de Petrogrado entró en funciones. El 12 se formó el Comité Ejecutivo Provisional de la Duma. En mayo se produjo una crisis ministerial causada por la dimisión de Miliukov el día 15, crisis que llevó a la formación del primer gobierno de coalición. Nueva crisis el 16 de julio y segundo gobierno de coalición.

“¡Camaradas del mundo entero, gritó uno de los oradores en el Congreso Panruso de los Soviets, atrasad vuestra revolución social cincuenta años más!” Inútil es decir que ese consejo bien intencionado fue acogido por los mencheviques y social-revolucionarios con satisfechos aplausos.

Precisamente sobre ese punto, sobre la cuestión de sus relaciones con la revolución social, es sobre el que la diferencia de las diversas formas del utopismo oportunista pequeñoburgués y el socialismo proletario deviene importante. Existe un buen número de “internacionalistas” que explican la crisis de la Internacional como una intoxicación pasajera de chovinismo debida a la guerra, y que piensan que, tarde o temprano, volverá a su posición anterior, que los antiguos partidos políticos se encaminarán de nuevo por la vía de la lucha de clases que por el momento han perdido de vista. ¡Infantiles y ridículas esperanzas! La guerra no es una catástrofe exterior; con la rebelión de las fuerzas productivas en desarrollo en esta sociedad, destruye el equilibrio de la sociedad capitalista contra los límites impuestos por las fronteras nacionales y las formas privadas de la propiedad. O bien veremos convulsiones continuas de las fuerzas productivas, bajo la forma de repetidas guerras imperialistas, o bien veremos una organización socialista de la producción: esta es la alternativa que nos plantea la historia.

Tampoco la crisis de la Internacional es un fenómeno exterior o debido al azar.

Los partidos socialistas de Europa se constituyeron en una época de equilibrio capitalista relativo y de adaptación reformista del proletariado al parlamentarismo nacional y al mercado nacional. “...a pesar de reconocer [el socialismo pequeñoburgués interno al partido socialdemócrata de Alemania] la exactitud de los conceptos fundamentales del socialismo moderno y de la demanda de que todos los medios de producción sean transformados en propiedad social, se declara que su realización es solamente posible en un futuro lejano, prácticamente imprevisible.”² Gracias a la considerable duración del período “pacífico”, ese socialismo pequeñoburgués devino realmente dominante en la antigua organización del proletariado. Sus límites y su quiebra han adquirido las más chocantes formas desde que la acumulación pacífica de las contradicciones ha cedido el lugar a un formidable cataclismo imperialista. No solamente los viejos gobiernos nacionales sino, también, los partidos socialista burocratizados, que habían madurado con ellos, han mostrado que no estaban a la altura de las exigencias del progreso. Y, más o menos, se podría haber previsto todo esto.

Hace ahora doce años escribíamos: “La tarea del partido socialista era y es la de revolucionar la conciencia de la clase obrera en la misma medida en que el desarrollo del capitalismo ha revolucionado las condiciones sociales. Sin embargo, el trabajo de agitación y organización en las filas del proletariado está marcado por una inmovilidad interna. Los partidos socialistas europeos, especialmente el más grande entre ellos, el alemán, han desarrollado un conservadurismo propio, que es tanto más grande cuanto mayores son las masas abarcadas por el socialismo y cuanto más alto es el grado de organización y disciplina de estas masas. Consecuentemente, la socialdemocracia, como organización, personificando la experiencia política del proletariado, puede llegar a ser, en un momento determinado, un obstáculo directo en el camino de la disputa abierta del proletariado por el poder.”³ (*Nasha Revolutsia*, 1906, página 285). Pero aunque los marxistas revolucionarios estaban lejos de fetichizar a los partidos de la Segunda

² F. Engels, “Contribución al problema de la vivienda”, Prefacio a la segunda edición, 1887, en *Obras Escogidas*, 2 volúmenes, Volumen 2, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, páginas 538-539.

³ L. Trotsky, “Resultados y perspectivas”, en *1905. Resultados y perspectivas*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, París, 1971, página 217.

Internacional, nadie podía prever que la destrucción de esas gigantescas organizaciones sería tan cruel y tan catastrófica.

A nuevos tiempos, nuevas organizaciones. Bajo el bautismo de fuego, ahora se crean partidos revolucionarios por todas partes. Los numerosos descendientes ideológico-políticos de la Segunda Internacional no han existido en vano. Pero pasan por una purificación interna: generaciones enteras de filisteos “realistas” quedan arrumbadas y las tendencias revolucionarias del marxismo quedan por primera vez reconocidas en su pleno significado político.

En cada país, la tarea no es mantener una organización que se sobrevive a sí misma, sino reunir a los elementos revolucionarios realmente ofensivos del proletariado que en la lucha contra el imperialismo ya se ven atraídos a las primeras filas. En el plano internacional, la tarea no es reunir y “reconciliar” a los socialistas ministerialistas en conferencias diplomáticas (¡como en Estocolmo!⁴), sino asegurar la unión de los internacionalistas revolucionarios de todos los países y buscar una orientación común para la revolución social en cada país.

A decir verdad, los internacionalistas revolucionarios que están a la cabeza de la clase obrera no representan hoy en día, a lo largo de Europa, más que una minoría insignificante. Pero nosotros, rusos, deberíamos ser los últimos en asustarnos por este estado de cosas. Sabemos con qué rapidez la minoría puede convertirse en mayoría durante las crisis revolucionarias. Desde el mismo momento en que la acumulación del descontento de la clase obrera acabe haciendo estallar el caparazón de la disciplina gubernamental, el grupo de Liebknecht, Luxemburg, Mehring y sus seguidores⁵, ganará inmediatamente un papel dirigente a la cabeza de la clase obrera alemana. Únicamente una política revolucionaria socialista puede justificar una escisión en la organización: pero al mismo tiempo hace inevitable tal escisión.

Contrariamente a nosotros, los mencheviques internacionalistas (aquellos que se asemejan al camarada Martov) rechazan reconocer el carácter revolucionario socialista de nuestras tareas políticas. Declaran en su programa que Rusia no está todavía preparada para el socialismo y que nuestro papel está, necesariamente, limitado a la fundación de una república democrática burguesa. Toda su actitud se basa en el rechazo total a los problemas internacionales del proletariado. El razonamiento de Martov sería correcto si Rusia estuviese sola en el mundo. Pero estamos comprometidos en la realización de una revolución mundial, en una lucha contra el imperialismo mundial, con las tareas del proletariado mundial, que incluye al proletariado ruso. En lugar de explicarle a los trabajadores que los destinos de Rusia están hoy en día indisolublemente ligados a los de Europa, que el éxito del proletariado europeo no asegurará una más rápida realización de la sociedad socialista, que, por el contrario, una derrota del proletariado europeo nos hundirá bajo la dictadura imperialista y la monarquía y acabará reduciéndonos al estado de simple colonia de Inglaterra y de los Estados Unidos, en lugar de subordinar toda nuestra táctica a los objetivos generales y a los objetivos del proletariado europeo, el camarada Martov considera a la revolución rusa desde un estrecho punto de vista nacionalista y reduce las tareas de la revolución a la creación de una república democrática burguesa. Esta forma de plantear el problema es

⁴ La Conferencia de Estocolmo, propuesta por los socialistas escandinavos para presionar a favor de la paz entre las naciones beligerantes, no tuvo lugar. En abril de 1917, el danés Borbjerg extendió la invitación a los soviets de Petrogrado. Los mencheviques y los S.R. la aceptaron pero los bolcheviques la rechazaron.

⁵ Los elementos de izquierda, opuestos a la guerra, de la socialdemocracia alemana, bajo la dirección de Liebknecht, Rosa Luxemburg y Mehring, constituyeron el 1 de enero de 1916 el “Grupo Internacional”. Enseguida se conoció con el nombre de “Liga Espartaco” y, el 1 de enero de 1919, devino el Partido Comunista de Alemania.

fundamentalmente falsa pues sobre ella sobrevuela la amenaza del nacionalismo mezquino que ha llevado a su caída a la Segunda Internacional.

El camarada Martov, limitándose en la práctica a una perspectiva nacional se reserva la posibilidad de vivir en el mismo campo que los socialpatriotas. Junto a Dan y Tseretelli, atraviesa indemne la “epidemia” de nacionalismo pues ésta acabará cuando lo haga la guerra y tiene la intención de volver entonces, al mismo tiempo que aquellos, a los caminos “normales” de la lucha de clases. Martov está ligado a los socialpatriotas no por una simple y vacía tradición de partido, sino por una actitud profundamente oportunista frente a la revolución social, revolución que, según ellos, no debería ejercer ningún papel en la formulación de los problemas actuales. Y esto es lo que les separa de nosotros.

Para nosotros, la lucha por la toma del poder no constituye simplemente la próxima etapa de una revolución nacional democrática. No. Es el cumplimiento de nuestro deber internacional, la conquista de una de las posiciones más importantes en el conjunto del frente de lucha contra el imperialismo. Este punto de vista es el que determina nuestra posición sobre la pretendida cuestión de la defensa de la patria. Un desplazamiento temporal del frente, a un lado o a otro, no puede ni detener ni desviar nuestra lucha pues ésta se dirige contra los mismos fundamentos del capitalismo, que parece aplicarse en la destrucción imperialista mutua de los pueblos de todos los países.

¡Revolución permanente o masacre permanente! ¡Tal es la lucha de cuyo resultado depende la suerte de la humanidad!

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es